

LA DISCONFORMIDAD

Para mi primo José Canal, Poeta y de los buenos, con mi admiración y cariño. Y como él me dijo: con un abrazo de hermano.

SUBIDO en un prominente peñasco, el cabrero dominaba la pía de cabras que se desparramaba por el ribazo. Sus largas miradas se perdían en la lejanía verdosa de encinas. El aire, la tenue brisa, traía perfumes sin estrenar de tomillos y jaras. Los campos dormían la siesta del abandono y soledades. Y allí sólo, el cabrero, en la inmensa y majestuosa soledad de los campos, se lamentaba para sí de su sino y dedicación. Estaba solo, como siempre, sin más compañía que las cabras y el «Lucero» que, atento le miraba, moviendo el rabo pedigüeño de palabras cariñosas y deseos de su amo. Añoraba su pueblo, su aldea, y maldecía de su profesión, siempre solo y alejado de los amigos, sin relación alguna de amistades, sin poder ir en las anochecidas a la taberna a beber las clásicas «pistolas» de aquel vino que ni era tinto, ni blanco, ni tenía color, pero caldeaba las entrañas; ni poder asistir los domingos al baile, al «Gran Salón Rodríguez», una gran habitación desnuda de muebles, sin más decoración que muchas sillas y unas litografías colgadas en las paredes, marchitas de moscas, de calendarios de años pasados, representando una Diana Cazadora, muy ligera de ropas, un bodegón con mejor intención que arte, una «posse» de Marilyn Monroe en excesiva exhibición de su escalofriante anatomía y una Sagrada Cena, que estaba pidiendo a gritos un piadoso traslado. Porque, en este Gran Salón, podía todos los domingos y días festivos, bailar con la Celedonia, y con la Flore, y con la Rosa y aspirar el olor a membrillo maduro y añejado que despedían aquellas carnes duras y prietas de las mozas...

La cab a «Canela» se separaba más de lo debido ramoneando glotona y, el cabrero, azuzó al «Lucero» al mismo tiempo que lan-

zaba una piedra con fuerza a la cabra, no con odio, pero sí con rabia, que fue a estrellarse contra una peña y rebotando, rebotando, cayó en la poza del río con algarabía de encajes de salpicaduras.

¡Jita, cabral!

Y volvió a sus pensamientos. Sí: esto no era vida. Siempre solo, sin ver a nadie. Porque el caso es, que el campo le gustaba, pero... siempre campo, siempre solo... ¡con lo bien que se pasaba en el pueblo!

* * *

Entré en la peluquería y el «¿que vá a ser?» holgó, porque ya sabía mi amigo el peluquero, que era un corte de pelo lo que deseaba. Era cliente antiguo y teníamos confianza. Le conocía de muchos años atrás y sabía de su gran afición a la caza por ello me interesé por sus andanzas. Me enteré de sus fracasos al no disponer de buenos cotos o campos cazaderos. Esta afición la mataban, pues viendo en capitales de provincias, las fincas cercanas están acotadas por lo general y no se pueden cazar. Esperaba mi amigo, confiado, en una «quiniela» salvadora; no mucho no; él se conformaba con seis o siete millones, los suficientes para comprar una dehesa. Y la acotaría en seguida. Y viviría permanentemente en el campo. ¡Qué gusto!. Se levantaría temprano, muy temprano, porque las amanecidas son limpias y puras y no están sucias de malos pensamientos. Se daría largos paseos en las perfumadas soledades de los campos, porque, —mi amigo era casi poeta—, decía, que la soledad, es la flor, quizá la más hermosa y preciada, de todas las flores campestres. Descansaría sobre los peñascos, esas peñas silenciosas que eternamente duermen bajo el duro sol, el sueño de intemperie de infinitas quietudes. Y bebería en las rumorosas fuentes, oyendo el són dulzón de las aguas recién manadas. Y en el verano, cuando la parda tierra, cegadora de luces y rubia de soles inclementes, siente las calenturas de Agosto, buscaría la sombra de los encinares y recibiría las brisas olorosas de tomillos. Y en las tardes de invierno, en las abrigadas resolanas, descansaría junto a sus perros de caza, del largo paseo efectuado. Y al anochecer, cuando los fríos látigos nortizos despiertan a los finos puñales de la helada, se sentaría al inefable y acogedor calor de las lumbres de encinas... ¡Eso sería vida! Y no esta, encerrado entre cuatro paredes y enchiquerado en las calles, de casas altas, que quitan hasta el sol y el aire. Así no se puede vivir.

Acompañé a mi amigo en el viaje que tuvo que hacer a aquel pueblo. Es una aldea perdida en unos inmensos encinares. Un pueblo, una aldea, como tantos otros de esta región: con casas humildes de una sola planta y, si acaso, un doblado o entresuelo que sirve de graneros o desvanes. Estas casas, muchas de ellas, colindan con tinados o cuadras. Las calles empedradas, sin aceras, muestran por su centro, las mojaduras de las aguas de las últimas lluvias y de las fecales arrojadas. Están solitarias y vacías de seres humanos, que están en sus faenas y quehaceres, o en Alemania, o en Bilbao. En las tibias resolanas, unas mujeres cosen o se peinan las largas cabelleras, unas a otras, buscándose minuciosamente las liendres posibles. Las gallinas picotean ávidas en las boñigas de las vacas y caballerías. Un par de viejos, muy viejos, tomando el sol, añoran en silencio sus lejanos recuerdos, mientras en la comisura de sus labios se mantiene olvidado y tembloroso un apagado cigarro. Pasan, y nos cruzamos, con unas vacas lecheras que van, cansinas, camino de su establo. Producen tristezas y soledades estos pueblos, pero al mismo tiempo, dan paz al espíritu y placideces a la vida. De una casa, pequeña y pobre, sale un hombre mejor vestido de lo que pudiera esperarse y con porte distinguido: es el médico; un antiguo amigo y discípulo de los años lejanos del Bachillerato que, al vernos, nos saluda y abraza con alborozo y cariño. Obsequioso, nos lleva al inmediato Casino, para invitarnos. La casa se desdobra en «Casino» y «Gran Salón Rodríguez». La parte dedicada a bar o casino, es un local no muy grande, con un mostrador de tablas, que antaño guardaron quizá celosamente sardinas o pescadillas, y media docena de mesas de pintado pino, rodeadas de sillas desvenecijadas. Algunas de estas mesas están ocupadas por viejos y en la del fondo, al lado de un ventanuco, juegan una partida de *tute perreiro*, el cura y tres viejecitos, con seriedad y entusiasmo, como si jugaran miles de pesetas.

Nuestro amigo el médico, nos obsequia con sendos cafés de «pucherete» y copa de explosivo cazalla (lo que hay), mientras se deshace en improperios contra la vida pueblerina. Ya no puede más; ha aguantado por la Titular y por la directa administración de sus pequeñas fincas, pero, teniendo ya a sus hijos en la Universidad, los desea pasar en la Capital hasta su jubilación. Aquí en el pueblo, se embotan los sentidos, se anquilosan los espíritus, se embotan los gustos. Hay que buscar y gozar las perspectivas emocionales de las grandes ciudades, donde hay vida de relación, donde hay cultura y

comodidades, donde se gustan mejor las emociones estéticas de todo orden. Esto, la vida de aldea, es insufrible. Decididamente, en cuanto pueda, se largará a la ciudad.

Nos tenemos que marchar, pues se hace tarde. Nos despedimos con efusión. El sol se iba hundiendo lentamente en el abismo naranja de un horizonte descubierto y lejano y la próxima anochecida iba echando poco a poco los visillos de bruma para vestirse los lutos de la noche. La aldea, plácida y silenciosa, iba a quedar acurrucada, dormida, en la majestuosidad de los campos. De las chimeneas de las casas, salía a los aires la fugaz interrogante de una incógnita de humos, anunciadora de humilde y sencillo pan para la vida.

*
*
*

A un compañero y a mí, nos comisionaron en la oficina, para asistir a unos cursillos en Madrid. Mi compañero es un entusiasta furibundo de la vida madrileña. Le atosiga la vida provinciana, esta vida monótona y simple de una capital de provincia de tercera. Aquí no hay nada de nada; se vive triste, se vegeta. En cambio en Madrid hay de todo. Y de lo mejor. Hay ambiente, campo amplio para trabajar, para triunfar para vivir, en una palabra. Y se puede vivir la vida que se quiera y tienes a tu mano lo que desees. En el viaje y durante la estancia, me hizo reflexiones y argumentos para demostrarme lo mal, lo triste y lo feo de esta vida en provincia y lo admirable, lo magnífico en todo orden, de la vida de Madrid.

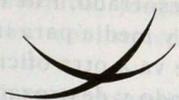
En mi estancia en Madrid, fui a saludar, como siempre, a un antiguo y buen amigo mío que allí vive desde hace muchos años. Está bien colocado, con dos o tres empleos («enchufes», como se dice). Le encontré agotado y desesperado. Por lo que me dijo, ya no puede más. Se levanta a las seis y media para ir a un trabajo, antes de ir al Ministerio. Por la tarde va a otra oficina. Llega a casa cerca de las diez de la noche, cansado y destrozado. No puede dormir, dice, por los ruidos de la calle, ya que vive en un piso principal. Los humos y gases de los coches, autobuses y demás vehículos, le producen una afección a la garganta que le ahogan. Por las prisas, empujones y aglomeraciones, ha renunciado a ir a pié, o en «metro», o en autobús, a sus quehaceres y, con gran sacrificio, se compró un coche utilitario, que no sabe dónde aparcar y le asaetean con multas. En domingos y festivos, no puede ir a diversiones o espectáculos so pena de perder muchas horas en «colas» para buscar las entradas, si las encuentra. En fin, despótica de la vida en Madrid,

con la fobia de un desesperado. Su ilusión, su ensoñada esperanza, lo que le hace tenerse en pie aún, es cumplir la edad de jubilación, para llegar al colmo de su enorme deseo: ¡vivir pacíficamente en una aldea!

* * *

Está visto que nadie se conforma con su suerte. Siempre ocurrió, pero ahora yo creo que con esto de «sociedad de consumo», con tanta gente «contestataria», está exacerbado y debe ser por eso del «nivel», eso que ahora está tan de moda y que es una carrera hacia arriba, una disconformidad con lo que se tiene y un deseo exagerado de superación, de materialismo, o de lo que no se tiene; el «nivel de vida», claro. Pero a mí se me antoja, que tanto «nivel»... porque Dios siempre ha estado en todas partes y todos tenemos sentidos para sentir. Y el demonio también debe estar en todas partes ¿no? ¡Se arma un lío, en esta babel de contradicciones! Yo con toda humildad solo pido: ¡¡Conformidad, Señor, Conformidad!!.

Miguel CHAVES SANCHEZ



El un cacereño ilustre

A DON VALERIANO GUTIERREZ
MACIAS, con afecto y recuerdo de
nuestro común amigo (q. e. d.).

Garciaz de mis amores,
espera ya jubiloso
en su regazo amoroso
¡Al mejor de los pintores!

Corralón lugareño,
casona sombría,
depón ese ceño,
muestra tu alegría
al que hace primores.
¿No sabes que viene
huyendo de estío,
de ruido y calores
Antonio; que tiene
fama entre pintores? ...

Iglesia aldeana
de empaque sereno,
rebosando amores
en cuadros
de luz y colores,
de bellezas llenos....
¡Toca tus campanas,
dale tus loores,
y abraza en tu seno
a Antonio ¡El mejor
de los pintores!